

Los enviados se retiraron.

El ilustre caudillo dictó algunas disposiciones con el objeto referido, y acto continuo comenzaron de nuevo los preparativos para la expedición que proyectaba.

Capítulo LVII.

Un clérigo bueno y otro malo.

Mientras esto sucedía en los departamentos donde había enviado gente Cortés, continuaba en Méjico la lucha entre los partidarios y los enemigos del ilustre caudillo.

Como es de suponer, Anton Perez fomentaba estas disensiones.

Méjico había tomado el carácter de una capital de provincia.

Como eran pocas las familias de españoles, todos se conocían, especialmente las mujeres andaban con chismes y cuentos.

Bien es verdad que estas rivalidades tenían por

causa principal las intrigas amorosas que continuamente se fraguaban en la imperial ciudad.

Siempre ha sido debilidad característica en los soldados españoles la afición desordenada á las mujeres.

Si se suscitaban cuestiones entre ellos por la posesion de las indias, fácilmente se comprende á las que daría lugar la llegada de las españolas á Méjico.

Cada una contaba con veinte ó treinta galanteadores, y los que eran preferidos excitaban el ódio de sus rivales.

Las mujeres, por su parte, impulsadas por un mal entendido amor propio, animaban aquellas luchas con perjuicio siempre de sus maridos.

Anton Perez, abusando de su sagrado ministerio, convertía el tribunal de la penitencia en semillero de amoríos, y de dia en dia se exacerbaban más y más las pasiones.

En una de las últimas expediciones habia llegado á Méjico fray Diego de Altamirano, hijo de un primo de la madre de Hernan Cortés, y por consiguiente, primo segundo de este.

Era juicioso, honrado, tipo perfecto del verdadero sacerdote.

Habia procurado con sus consejos y con su ejemplo apaciguar las disensiones que habia en Méjico, establecer la paz en los hogares, sin descuidar tampoco la conversion de los indios.

Pero viendo lo inútil de sus esfuerzos, y queriendo apurar todos los medios, habló á los amigos y á

los enemigos de Cortés, para ver si podia llegar á un arreglo entre ellos

—Es preciso,—decia á los primeros,—que Méjico no se resienta de la ausencia de nuestro caudillo. Esas luchas continuas con nuestros hermanos, pueden ser funestas para todos. Por lo que he podido observar, los mejicanos empiezan á cansarse del yugo á que les hemos sometido, sin considerar que en cambio les hemos hecho abjurar del error en que vivian, y abrir los ojos á la luz del evangelio. No tengo para qué decirlos lo desastroso que pudiera ser para nosotros que se aprovecharan de nuestras disensiones. Las conquistas, á tanto precio adquiridas, desaparecerian en breves instantes, y siempre tendríamos sobre nuestra conciencia el remordimiento de haber sido causa de esta pérdida. Yo bien sé que los enemigos de Hernan Cortés, con tal de amenguar su gloria, con tal de destruir el prestigio de que justamente goza, no vacilarán en la eleccion de los medios. A vosotros os toca, sacrificando vuestro amor propio, impedir que eso suceda. Quela razon está de vuestra parte, nadie puede ponerlo en duda; pero que debeis ceder para evitar un conflicto, está en la conciencia de todos los que se interesen por Cortés, por el triunfo de las armas españolas, por el esplendor de la religion cristiana.

Estas conciliadoras palabras influyeron poderosamente en el ánimo de los oyentes, predisponiéndoles á ceder algun tanto, para que no se confirmaran los temores del sacerdote.

Habló en igual sentido á los enemigos de Cortés, y al ver tambien la buena disposicion que presentaban para que cesasen aquellas disensiones, empezó á sospechar que unos y otros obedecian á sugestiones de alguno que tenia interés en que la paz no reinase en Méjico.

Con la perspicacia que les distingnia, con la experiencia que sus años le habian hecho adquirir, se figuró por un momento que Anton Perez no era extraño á aquellas luchas, y para convencerse de la exactitud de sus sospechas, entabló una conversacion con el astuto agente del obispo Fonseca.

—Venia á buscaros, —le dijo, —mi querido compañero, porque vuestro concurso puede ser muy poderoso para el asunto que aquí me trae. Ya sabeis los disgustos que aquí reinan entre los partidarios y los enemigos del ilustre Hernan Cortés y yo creo que vuestra elocuente palabra, vuestra influencia entre los españoles, conjurará la tormenta, en la que estamos amenazados de perecer todos.

Anton Perez, afectando la mayor humildad:

—Me confundís con vuestros elogios, que no merezco, y al propio tiempo me proporcionais la ocasion que más anhelaba: procurar que terminasen estas luchas intestinas que repugnan á mi carácter, y que en mi cualidad de sacerdote me afectan y desconsuelan. Pero permitidme que os diga, que todos nuestros esfuerzos se estrellarán ante el ódio que mutuamente se profesan los amigos y enemigos del ilustre conquistador de estos países.

Al expresarse de este modo el intrigante clérigo, queria sondear el ánimo del bueno de Altamirano, y este que no sospechaba el lazo que le tendia, exclamó:

—Pongamos los medios, sin embargo, y si son ineficaces, todavía nos queda el recurso de apelar á una medida extrema.

—¿Qué proyectais, dado caso de que sean estériles nuestros consejos?

—Dar parte á Hernan Cortés de cuanto ocurre, y rogarle que venga á poner paz.

—Me parece una idea excelente; pero como decís muy bien, sólo en último caso debe recurrirse á ella.

—Trabajemos, pues, y vos dedicaos á apaciguar los ánimos de los enemigos de Cortés, en los que ejercéis poderosa influencia, —añadió el padre Altamirano, fijando su mirada en Anton Perez, como dándole á entender que comprendia que él era el que fomentaba los rencores que existian entre los españoles.

Su interlocutor, aunque comprendió desde luego el valor de aquella mirada, respondió con la mayor serenidad:

—Yo daré mil gracias á Dios si logro con mi influencia secundar vuestros deseos.

Altamirano no tuvo ya la menor duda de que el principal instigador de los rebeldes era Anton Perez.

Decidió, por lo tanto, emprender el viaje para noticiar á Cortés cuanto ocurría, y al efecto tomó una canoa para trasladarse al dia siguiente.

Anton Perez, por su parte, al saber que iba á sa-

lir una carabela para España, se aprovechó de esta circunstancia, y envió á Juan de Rivera con instrucciones para sus amigos de la corte, á fin de que influieran en el ánimo del monarca para que adoptara la resolución de destituirle del mando.

Cuando hubo partido la carabela, exclamó Anton Perez:

—Altamirano, el primo de Hernan Cortés, me ha arrojado el guante; yo le recojo, y veremos quién es el vencedor.

O mucho me engaña el corazon, ó me parece que el efecto que ha de producir el mensaje que lleva á España Juan de Rivera, ha de acelerar la ruina de ese ambicioso vulgar, de ese miserable aventurero que se llama Hernan Cortés.

Si ha habido un momento en que la fortuna le era próspera, tambien puede sonar la hora de su ruina, y entonces yo le juro que ha de pagar caro las humillaciones que ha hecho sufrir á mi protector Fonseca y los perjuicios que me ha ocasionado, interponiéndose en el camino de mi prosperidad, que con tan buenos auspicios recorria.

Capítulo LVIII.

De lo que es capaz un marido celoso.

Cuando el padre Altamirano, acompañado de algunos indios, iba á darse á la vela, vió llegar precipitadamente á su encuentro á una mujer, que por las primeras palabras que pronunció reconoció que era española.

Era Juana Mansilla.

Avergonzada por la pena de azotes que la impusieron, como recordarán nuestros lectores, se escapó de Méjico, é hizo desde entonces una vida errante.

Faltándole valor para darse la muerte, y no atreviéndose á volver á Méjico despues de haber sufrido aquel infame castigo, al saber la expedicion que proyectaba el primo de Cortés, imploró su amparo para que la llevase á bordo.

—Estais mal aconsejada,—la dijo el virtuoso sacerdote,—al pretender semejante cosa. Creedme, hija mia; volved á reuniros con vuestro marido. Cortés vendrá en breve, y pondrá remedio á todo.

—¡Oh! ¡Eso es imposible! Per nada del mundo consentiré en reunirme á él.

—Porque os aconseja el demonio del orgullo; porque os parece muy grande la humillacion que se os ha inferido, sin recordar las muchas que arrostró Nuestro Señor Jesucristo para salvarnos á todos.

—Cierto es lo que decís, padre mio; pero escuchadme un momento y vereis si tengo razon para aborrecer á mi marido.

El virtuoso sacerdote, cuya bondad conocemos, se aprestó á escuchar á Juana Mansilla.

Esta prosiguió:

—Obedeciendo á la voluntad de mis padres, me casé con Juan Valiente sin profesarle el menor cariño. Me era completamente antipático, y además tenia más edad que yo. Pero era rico, y los autores de mis dias creian que con sus riquezas podria hacer mi felicidad.

Desde los primeros dias tuve ocasion de conocer que era muy celoso.

Debo deciros, y os lo juro por lo más santo, que á pesar de la repugnancia que me causaba la union con un hombre que no me inspiraba amor, jamás abrigué en mi alma la idea de faltar á la fidelidad que le habia jurado en el altar.

Mi esposo, sin embargo, me mortificaba continua-

mente con sus absurdas sospechas; llegó el caso, para poner á prueba mi virtud, de escribirme cartas amigas cómplices suyos, dándome cita en casa de algunas comadres.

Aunque siempre salí triunfante de estas redes que se me tendian, él atribuia á suspicacia lo que sólo era la expresion de mis sentimientos, y me tenia siempre encerrada y rodeada de espías.

Os parecerá fabuloso si os digo que se gastó su fortuna en espíarme, pero sin llegar á persuadirse de mi inocencia.

Yo le hacia mil súplicas, yo vertia abundantes lágrimas; pero nunca lograba disipar sus infundados celos.

Pero si los celos le dominaban, dejaban cabida en su pecho á otra pasion mezquina tambien.

Era ambicioso, y al ver que su fortuna iba menguándose, concibió el proyecto de venir á estos lugares.

Salió, en efecto, en una de las expediciones, y como era natural, no quiso dejarme en España.

Despues de una breve pausa continuó:

—Seria interminable el referir lo mucho que yo sufrí durante la travesía.

No era dueña de mirar á persona alguna, y si tomaba algunas veces parte en la conversacion general, sólo servia para que mis palabras más insignificantes me produjesen amargas lágrimas por la torcida interpretacion que les daba.

Llegamos á Méjico, y allí comenzó para mí otra

série de disgustos, mayores aún que los que me habían perseguido.

La atención con que el padre Altamirano escuchaba á Juana Mansilla, indicaba palpablemente el interés que producía en él su relato.

—Ya sabeis, —añadió Juana, —que desgraciadamente las mujeres casadas son objeto de la predilección de los españoles que han venido á estas tierras.

Continuamente las asedian con sus galanteos, y ellos son la causa de que se hayan roto lazos amistosos que les unían.

—Cierto es lo que decís, y yo lamento que mis consejos no hayan hallado eco en los corazones de los libertinos.

—Ya podeis figuraros, teniendo en cuenta esta circunstancia, que mi marido no me dejaría á sol ni á sombra.

Yo no podía evitar que algunos importunos me dirigiesen atrevidas miradas, y cada una de estas miradas era un dardo, que hiriendo á mi esposo, viniera de rechazo á clavarse en mi corazón.

El no sabía qué hacer para que yo no llamase la atención, y al fin de meditar mucho sobre el medio de conseguirlo, concibió un proyecto infame.

El venerable sacerdote redobló su atención.

Su interlocutora continuó:

—Indudablemente debió decirse mi marido: «Si la impusiese un castigo infamatorio, todo el mundo la despreciaría.» Y obedeciendo á esta idea, me obli-

gó á decir que Cortés vivía. Lo demás que pasó ya lo sabeis.

—¿Pero es posible que quepa tanta maldad en un hombre?

—Estad seguro de lo que os digo, aunque también creo que los celos ahogasen en su corazón los buenos sentimientos.

—Pues bien, hija mía: ya que teneis esa creencia, ya que el injusto castigo que os impusieron habrá destruido en gran parte esa especie de monomanía de vuestro esposo, yo os aconsejo de nuevo que os reunais con él. «La mujer seguirá á su marido,» dijo Jesucristo por boca de uno de los apóstoles, y estais en el deber de acatar este mandato.

—Imponedme la penitencia que querais por mis pecados; pero no me sometais á esa prueba, superior á toda obediencia.

—Eso es que guardais rencor á vuestro esposo, que aun no se ha cicatrizado la herida que causó en vuestro amor propio.

—¿Para qué negarlo? Jamás le perdonaré la injusticia de que he sido víctima.

—Pensad en lo que decís: todos somos pecadores, y mal podemos pensar en la misericordia divina, si á nuestra vez no perdonamos nosotros las injurias.

Juana Mansilla se quedó pensativa un instante, y después añadió:

—Yo daría gustosa mi vida por obedeceros; es más, perdono á mi esposo, pero no puedo volver á su lado.

—¿Por qué razón?

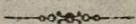
—Vos mismo sereis el primero que aprobeis mi resolución.

—No os comprendo.

—Me explicare. Mi esposo tiene un carácter irascible. Vergüenza me dá confesarlo; pero ha habido veces en que, olvidándose de los deberes de caballero, se ha atrevido á ultrajarme, no sólo de palabra, sino de obra; aún no hace mucho tiempo que he sentido en mis mejillas el peso de su mano.

—¡Qué horror!--exclamó Altamirano.— En ese caso, venid conmigo, y yo imploraré en vuestro favor el amparo de Hernan Cortés.

Juana Mansilla dió gracias al misionero, y un momento despues se daban á la vela, llegando algunos dias más tarde á Trujillo, en donde se hallaba el ilustre héroe de nuestra historia.



Capítulo LIX.

En el que el ilustre caudillo se decide á volver á Méjico.

Apenas se presentó el padre Altamarino á Hernan Cortés, le dijo este:

—Graves deben ser los motivos que os han impulsado á emprender este viaje, sabiendo como sé que cada dia adquiriais nuevos triunfos en la conversion de los indios.

—Desgraciadamente así es.

—¿Pues qué ocurre?

—Que los españoles que quedaron en Méjico, divididos en dos bandos, comprometen con sus disensiones la posesion de los países conquistados. Si los indios se aprovechasen de estas luchas intestinas, no tengo á qué deciros cuál seria el resultado.

No sé si habrá llegado á vuestra noticia que Gon-